



Lazo, Norma

*El horror en el cine y la literatura
acompañado de una crónica
sobre un monstruo en el armario*
México: Paidós, 2004 (Croma, 20).

A LA MANERA DE UN ENSAYO INFORMAL, pero con una información seria que trasluce una muy buena investigación documental, la novelista Norma Lazo (*Los creyentes*, *El dolor es un triángulo equilátero*) hace un recorrido por el extenso territorio del horror en el cine y en la literatura. La vocación narrativa de la autora es muy visible en el discurso tan cercano a la crónica, lo cual se evidencia desde el primero de los quince capítulos que conforman este libro; aquí se sientan las marcas de estilo que caracterizarán toda la obra: una combinación de exposición crítica —no académica— con subjetivismo medianamente detallado, mas siempre pertinente y agudo.

Las bases teóricas del texto se encuentran en los tres primeros capítulos, en los cuales se habla del horror arquetípico y su relación con el inconsciente colectivo; de los evidentes nexos del horror con el mito y, particularmente, con la leyenda; así como de algunos tipos de horror —el cósmico, el psicológico—; asimismo, la autora distingue entre las nociones de horror (miedo) y terror (susto), si bien esta diferenciación resulta algo tardía e insuficiente, lo cual posteriormente traerá confusiones en algunos puntos de vista.

Los siguientes tres capítulos conforman un contexto totalmente oportuno de la aparición del horror en la literatura. Autores como Edgar Allan Poe y H.P. Lovecraft son tratados como las referencias obligadas del tema y se los valora en este sentido y en tanto fuentes literarias absolutamente vigentes y disfrutables.

La novela gótica —previa a dichos autores— y el romanticismo literario complementan el marco en el que se sitúan los orígenes literarios del horror, que coincide en lo general con la aparición de lo fantástico, aunque la autora no hace mención alguna al respecto.

El séptimo acápite es muy importante en la obra. Toca el tema de los monstruos más conocidos del cine y la literatura: el vampiro, el hombre lobo, Frankenstein y el *zombie*. El primero se visualiza desde los *owenga* africanos hasta las famosas obras de Polidori, Bram Stoker y Le Fanu, en la literatura, y la expresionista *Nosferatu* de Murnau en el cine. Por supuesto, del hombre lobo se comentan —fuera de aquel famoso episodio de Ovidio— algunas leyendas europeas y los filmes correspondientes.

Lazo no pierde la oportunidad de hablar sobre el famoso episodio de Villa Diodati (y las películas consecuentes) que da origen a la novela de Mary Shelley, *Frankenstein*, casi siempre desvirtuada en las adaptaciones fílmicas. Por otro lado, la figura del zombie es tratada específicamente desde la óptica del cine y, en este sentido, se reconoce la labor de George Romero, a partir del clásico filme *La noche de los muertos vivientes*.

Otro capítulo relevante es el noveno, en el que se realiza una mirada panorámica del cine de horror en países donde, en apariencia, no hay tradición al respecto. Así, en Italia se reconoce el trabajo de directores emblemáticos como Ricardo Freda, Mario Bava y Darío Argento. El cine de horror en México se comenta a partir de *El fantasma del convento* (1936) y, posteriormente, se centra en la obra fílmica de Fernando Méndez (*El vampiro*, *El ataúd del vampiro*); Juan López Moctezuma (*Alucarda*, *La mansión de la locura*); Carlos Enrique Taboada (*Hasta el viento tiene miedo*, *El libro de piedra*, *Más negro que la noche* y *Veneno para las hadas*) y Guillermo del Toro (*Cronos*, *Mimic* y *El espinazo del diablo*).

Los casos de España y Brasil contrastan en el cine de horror, por lo menos en el repaso aquí presentado. El cine ibérico es visto a partir de los años setenta. No son pocos los autores mencionados: Jorge Grau (*No profanar el sueño de los muertos*), Vicente Aranda (*La novia ensangrentada*), Paul Naschy (*El jorobado de la morgue*), Alejandro Amenábar (*Los otros*), Jesús Franco (*Necronomicón*) y Álex de la Iglesia (*El día de la bestia*). Mientras tanto, en Brasil únicamente se da el caso relevante de José Mojica Marins, el cineasta maldito del horror, en opinión de Norma Lazo.

Luego de establecer esta ruta extrasajona, Lazo emprende un breve recorrido por el horror fílmico en Estados Unidos y reconoce como cintas emblemáticas

El bebé de Rosemary, en los sesenta, y *El exorcista*, de los años setenta. A partir de aquí, su visión privilegia la obra de Wes Craven, John Carpenter y David Cronenberg, especialmente en los años ochenta. Sin embargo, la autora toma como muestras del género cintas que manejan el horror como ánimo, pero tienen una filiación genérica claramente distinta: *Alien*, *el octavo pasajero*, *Masacre en cadena* y *La profecía*, las califica como filmes de horror, cuando, según su propia conceptualización, al menos los dos primeros casos serían de terror.

Dos de los últimos capítulos del texto se emplean para dar una visión de los casos recientes más visibles del horror en la literatura en lengua inglesa: Stephen King y Clive Barker, este último heredero del primero y, además, también cineasta. Asimismo, Lazo nos habla de los nuevos monstruos fílmicos que surgen a partir de los años ochenta: Freddy Krueger y Michael Myers, de *Pesadilla en la calle del infierno* y *Viernes 13*, respectivamente. Por supuesto que se trata de figuras incomparables frente a la trascendencia de Drácula y Frankenstein.

La obra concluye con una reflexión de Lazo sobre el sentido del horror —que representaría el miedo en nuestra época—, su permanencia en las culturas letrada y popular, así como su inherencia al ser humano, en tanto que nos es imposible ignorar —temer— nuestro lado oscuro.

A manera de guía del placer dentro del género de horror, la obra finaliza con una bibliografía compuesta por 192 obras literarias de los siglos XIX y XX, así como una extensa filmografía que incluye 309 cintas, algunas de éstas verdaderas películas de culto.

Debe entenderse que la idea de la obra no es teorizar sobre el horror y sus no pocos vínculos con otros géneros; más bien se trata de compartir una de las principales filias estéticas de la autora, lo cual se consigue plenamente, sin menoscabar la importancia de la visión panorámica que el texto nos brinda. (JOV)